

EN EL ESCORIAL.

Voy rendido, con paso mal seguro.
errando entre las masas de granito,
y pienso ya que el ámbito infinito
recorro há un año, por castigo duro.

En el fondo del patio aquel oscuro
veo siluetas de monjes de hito en hito,
y el fúnebre perfil que se halla inscrito
del segundo Felipe en cada muro.

Y desciendo por húmedas escalas,
bajo bóvedas lúgubres camino,
la muerte sobre mí bate sus alas...

Mas de pronto me hiera luz del día:
un jardín de esmeraldas: ¡Ah, divino!
y lanzo al sol un grito de alegría.



Á MI MADRE.



Á MI MADRE.

No siempre el tiempo la beldad sepulta,
ni la desfloran lágrimas y engaños;
tiene sesenta años
hoy mi madre, y más bella me resulta.

Ni un acto, un gesto suyo, un arrebató
deja de conmoverme ante su vista;
si yo fuese un artista,
toda la vida hiciera su retrato.

Quisiera retratarla cuando inclina
su frente, al besarle yo sus canas,
ó cuando en risas vanas
esconde algún dolor que la asesina.

Si mi súplica fuese acepta al cielo,
no pidiera del gran pintor de Urbino
aquel pincel divino
para en su rostro echar glorioso velo;

Cambiar vida por vida pretendiera,
á darle mi vigor fuese propicio,
si de este sacrificio
jóven quedára, y yo, viejo saliera.



RECUERDOS DE HOLANDA.



PAISAJE HOLANDÉS.

Se pierde en lontananza la llanura
bajo el húmedo cielo ceniciento;
desierta la campiña, muge el viento
y el horizonte empaña franja oscura.

Estremécese el agua; en la verdura
de los campos, parece que un lamento
se escucha y que amenaza el firmamento
con presagios de horrible desventura.

Se ve sobre el canal, en la alameda,
el humo de una casa, y un molino
que esparce con sus brazos la humareda
en revuelto agitado torbellino;
mientras cruza la orilla siempre verde
una cándida vela y... ya se pierde.

EL AMOR DEL BARQUERO.

Iba haciendo calceta en su barquilla
mi linda rubia, del canal avante,
cuando crucé, mirándola anhelante,
para atracar la barca en la otra orilla.

Me ama, ya lo sé: mi pesadilla
es triunfar de la suerte en un instante,
para casarme al punto con mi amante
y que me envidien todos en la villa.

Un encarnado bote compraremos;
ella tendrá su casco de señora,
y en el canal á viejos llegaremos.

Y si en mis esperanzas no me engaño,
creo saldremos á milla ó más, por hora;
creo saldremos á hijo ó más, por año.

NEVADA.

CERCA DE LÉIDEN.

I.

Sobre escuálido campo silencioso
descienden sin cesar copos de nieve,
y del cerro la espalda en curva leve
se oculta bajo el manto del reposo.

Al caer, con su velo misterioso
en abrazo liviano envuelve aleve
campiña, casa, puente, barco; en breve
todo duerme en su puro seno hermoso.

Y por el campo, tras el denso velo,
el molino, en orgullo soberano
alza sus brazos rígidos al cielo;

Más allá, en el confin de la llanura,
de Léiden se diseña el arco vano...
¡Todo calla sepulto en la blancura!

II.

Ora veo en la cálida cocina
al lúcido holandés, gordo, opulento,
al lado del hogar, lanzando al viento
la espiral, de su pipa, blanquecina.

A la mesa lo veo cuando inclina
su frente, y charla en reposado acento,
mientras muele el arroz tan succulento
su mandíbula lenta elefantina.

Veo la casta mujer, los niños gruesos,
el gato orondo que el desecho espera,
y montes de jamones y de quesos;

Y el amplio lecho que provoca en vano...
pues Cupido escribió en su cabecera:
«Chi va piano, va sano e va lontano.»



LA GLORIA.

